

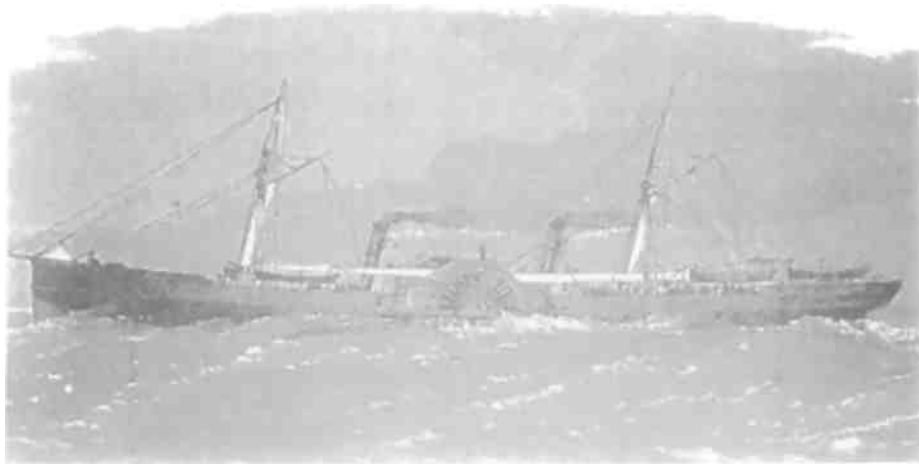
EL CORSARIO VIRGINIUS: LA OPORTUNIDAD DE CONTENER A UN GIGANTE

Francisco DÍAZ DE OTAZU GÜERRI



L lector recordará seguro el Desastre de 1898, que puso fin a nuestra presencia en la América caribeña y en el Pacífico. La incuria de la clase política del siglo XIX se reflejó de modo evidente en Cuba. Por una parte, la restauración alfonsino-canovista se debió en gran medida a la continuada labor de *lobby* indiano de la finanza de origen esclavista cubano, lo que implicó cierta cerrazón social y económica en el país. Por otra parte, la línea dura de Weyler, exitosa militarmente, fue sustituida por otra, de contemporización, a destiempo ya. Esta misma incuria se materializó en la inferioridad naval, campo en el que no cabe improvisación jamás. El hundimiento de la escuadra de Cervera, tan digno como inútil, fue una consecuencia lógica de la corrupción (falta de presupuesto, barcos semiartillados, carbón de menor calidad...) más que de la legendaria oposición de barcos de madera contra imponentes acorazados estadounidenses. La diferencia no era tal, a juzgar por algunos especialistas, que no impidiese a nuestros barcos, más pequeños y rápidos, haber intentado en alta mar alguna iniciativa de *melée* a corta distancia, confusa y nocturna, con impredecibles consecuencias. Cervera se equivocó, pero no más que su gobierno. En tierra, cuando se planteó una defensa decidida con nuestro Mauser, en las colinas de San Juan, desde la inferioridad numérica, se comprobó que la victoria no habría sido un imposible.

Pero detrás de lo accidental de los sucesos concretos está el cimiento de los antecedentes, que a la luz de la lectura de la historia nos hace verlos casi siempre como inexorables. Con respecto a la Guerra de Cuba, hay dos guerras anteriores en las que el independentismo fue apoyado solapadamente por los Estados Unidos, que siempre ambicionaron la anexión, de tal modo que nuestra resistencia al menos sirvió para impedirla. Se trata de la «Guerra Grande», o «de los diez años», y una secuela, sin tanta importancia, o «Guerra Chica» o «Chiquita», entre 1879 y 1880. Nos ocupa la primera, que tiene lugar entre

Vapor *Virginus*.

1868 y 1878 (1). Es un periodo desastroso para España, en cuanto a que se cruza el cantonalismo con las guerras carlistas, los golpes de estado con las insurrecciones...

Los insurrectos cubanos o mambises tenían el indisimulado apoyo estadounidense, y su oficina central en Nueva York. Desde allí Manuel Quesada, que era su agente, tenía contactos con simpatizantes ideológicos e intereses navieros (2).

Son tiempos de rematar la conquista del oeste y sustituir a la Francia de Napoleón III, inventor de la «latinidad», al intervenir en México a través de Benito Juárez, y en Panamá, pensando en el control del istmo y del canal en detrimento de una abortada Gran Colombia.

Con dinero de la Junta cubana, Quesada compró el *Virgin*, un veloz vapor con dos palos construido en Escocia para los confederados en 1864. Un barco como el que usaba el célebre Rhed Bluter en *Lo que el viento se llevó*, o sea Clark Gable, para sortear el bloqueo estadounidense, mandado curiosamente por un almirante de origen español, Farragut (Ferragut en el original balear), el primero de ese empleo en los Estados Unidos. Una curiosidad que tiene cierto

(1) Hay un trabajo específico y sencillo a la vez sobre el tema de Miguel del Rey, *La guerra de los diez años*, en la ed. Ristre, 2003.

(2) Para el contexto de la comunicación de la masonería y los movimientos independentistas cubano y filipino, remito a mi artículo en el enlace [http://revista-arbil.ies-pana.es/\(75\)maso.htm](http://revista-arbil.ies-pana.es/(75)maso.htm)

paralelismo con el hecho de que el general Meade, vencedor de Lee en Gettysburg, había nacido en Cádiz.

El *Virgin* tenía 200 pies, o sea 70 metros de eslora, y un desplazamiento de 491 toneladas. De poco calado, era ideal para costear y desembarcar discretamente. En la venta figuró un hombre de paja, John Patterson, y se rebautizó el buque como *Virginus*. Hombres y pertrechos, armas y municiones se mueven entre Estados Unidos y la isla entre 1870 y 1873. El buque llevaba la bandera que en cada momento convenía, con la complicidad de los cónsules yanquis. El capitán era Joseph Fray, también ex confederado. El sur dio muchos aventureros, no sólo al oeste como el cine recoge magníficamente, sino al mar. Incluso en la Guerra del Pacífico, los comandantes enemigos más diestros de Méndez-Núñez podían ser sudistas o mercenarios británicos. En la provincia de Cienfuegos, el jefe de los mambises era el legendario Henry Reeve, «el inglesito». En un puerto colombiano, Aspinwall (obsérvese el anglicismo, impensable en el continente sur años antes), el buque español *Bazán* ve al *Virginus* reparando calderas. Intenta su detención, pero le salva el USS *Kansas*, arguyendo que el barco era norteamericano. Nuestra Armada del Caribe va después tras su estela. El *Virginus* llevaba una selecta expedición rebelde: el general Bernabé Varona, el general William Ryan, un irlandés de la Unión, dos tenientes coroneles y un hermano de Céspedes (fundador de la liga Buena Fe en 1868), jefe, junto con Maceo y Máximo Gómez, de todo el movimiento secesionista. Sale el 27 de octubre de Kingston, Jamaica, hacia Puerto Príncipe, Haití. Los agentes españoles, bastante eficaces tanto en el Caribe como en Norteamérica, informan que el día 30 el buque recoge para el llamado Ejército Libertador de Cuba el siguiente material:

- 300 rifles Remington, lo más moderno entonces, modelo 1871.
- 300.000 cartuchos.
- 400 revólveres.
- 880 armas blancas.
- Dos cañones
- Pólvora, medicinas, vestuario, etcétera.

Apostada frente al hoy célebre Guantánamo, la corbeta de la Armada *Tornado*, un tres palos más veloz, persigue al *Virginus*, cañoneándolo y deteniéndolo finalmente. Buque, tripulación y pasajeros, 155 hombres en total, son llevados a Santiago de Cuba. El buque llevaba bandera norteamericana y fue abordado en aguas de Jamaica, por ello británicas. Ambas potencias protestaron al comandante de Santiago, el brigadier Juan Nepomuceno Burriel. Nuestro gobernador rehusó recibirles y sometió a consejo de guerra, por piratería y rebelión respectivamente, a dotación y pasaje. Resultaron 53 penas de muerte. Hay que señalar que varios marineros naturales de las islas eran ciudadanos británicos, así como Fray y Ryan eran estadounidenses. El

HMS *Niobe*, al mando de sir Lambton Lorraine, entró en la bahía de Santiago amenazando bombardearlo si se ejecutaban las sentencias. El problema del brigadier Burriel era doble, ya que estaba indispuerto con el nuevo gobierno republicano en Madrid, que por otra parte conjuraba parte de la propaganda *yanqui*, centrada en lo tiránico de las viejas monarquías europeas. Hay muchas circunstancias que señalar. Lazos de fraternidad unían fidelidades de Piquett a Pi y Margall, pero ex oficiales de ambos bandos de la Guerra de Secesión escribían a Grant pidiendo llevar nuevos regimientos. La prensa americana, siempre beligerante hasta Vietnam, extendió la pena máxima a la totalidad de los capturados. Por otra parte, Londres no deseaba el expansionismo ultramarino en el Caribe, por lo que no alentó la anexión de Cuba. Grant salía de una guerra civil y no había completado la conquista de su «propio» territorio. En ese momento tenía a Buffalo Bill como anfitrión de un gran duque ruso en una cacería (y de paso se negociaba la compra de Alaska), y faltaban tres años para que los Sioux diesen un disgusto al famoso 1º de Caballería de Custer. Los tribunales norteamericanos fallaron con toda honradez que el barco era corsario. La Armada española, que salía de su Guerra del Pacífico, era bastante superior a la estadounidense, que salía de su Guerra Civil. Nuestros veteranos de las guerras carlistas no desmerecían en absoluto de los de la Guerra de Secesión. El ejército norteamericano era insignificante en categorías europeas, y a duras penas se las veía con conflictos sociales y raciales interiores, y con escurridizos indios. La adquisición de Cuba, con «¡más negros!», parecía menos atractiva que la abundante emigración europea. En 1870 se presentó una depresión económica. La campaña electoral de Grant había sido bajo el pacífico lema *Let US Have Peace!*

El presidente Grant y su secretario de Estado Hamilton deciden enviar un ultimátum a su embajador en Madrid, Daniel Sickles: se restituiría el barco en un máximo de doce días o se romperían las relaciones. Al mismo tiempo, el secretario de Pesca americano y el embajador español en Washington José Polo, reunidos por el embajador inglés, pactan una alternativa: se devolvería la nave y los detenidos si se demostraba que la bandera en el momento de la captura era norteamericana (lo que sabemos era efectivamente así). Las autoridades españolas saludarían a la bandera de dicho barco y cada estado procesaría por tráfico de armas a sus súbditos. En esos días, un tribunal de Nueva York señaló que el dueño del barco era español residente en Cuba, Quesada, y no su intermediario Patterson. Vemos en todo momento cómo, con toda lógica, la justicia americana resulta más ecuánime que la prensa. Con ello se retira el requisito de rendir saludo a las «barras y estrellas». El embajador en Madrid Sickles es retenido un día, y el ministro de ultramar Soler acepta devolver barco y tripulación. El barco fue remolcado desde Cuba a Carolina del Sur, escoltado por la fragata *Favorita*. Como si los elementos quisieran ahorrarse una humillación a España, se hundió por una tormenta justo antes de ser entregado. Los supervivientes se fueron en el USS *Juniata*. España se obligó a pagar

una indemnización de 80.000 dólares a Estados Unidos y Gran Bretaña. El general Burriel fue demandado a su vez por las ejecuciones, pero murió antes de la vista; probablemente fue a la tumba más herido en su orgullo que por las acciones de guerra. Toda la publicidad, que se sumó al mismo tiempo al fusilamiento injusto de unos estudiantes de medicina por unas dudosas ofensas de independentismo, resultó dañina para la imagen de España, asociada a la perduración en la isla de la esclavitud, no por atenuada menos anacrónica.

Hasta aquí los hechos. Permítaseme la osadía de un juego de futuribles, que no por imposibles dejan de ser interesantes. Creo que España



Ulysses Grant.

entonces no debió ceder en nada. Absolutamente. No por un orgullo cerril. El *Virginus* valía tanto como «la oreja de Jenkins» en el siglo XVIII(3). Había que sostenerse «no por el huevo, sino por el fuero». Y el «huevo» era el mar que vio nacer y morir a nuestro Imperio. Era el momento, el último momento, de parar los pies al gigante que se construía sobre nuestro esqueleto americano. Era la última vez en que la principal potencia marítima, Inglaterra, se planteaba en serio frenar el crecimiento de los Estados Unidos. La derrotada Francia y su vencedora, la naciente gran potencia de Alemania,

(3) El curioso nombre con el que es conocido históricamente este episodio se debe al apresamiento por un buque español de un navio de contrabando inglés capitaneado por el británico Robert Jenkins en 1731. Según el testimonio de Jenkins, que compareció en la Cámara de los Comunes en 1738, como parte de una campaña belicista, el capitán español Fandiño que apresó la nave cortó una oreja a Jenkins al tiempo que le decía (según el testimonio del inglés): «Ve y dile a tu rey que lo mismo le haré si a lo mismo se atreve». En su comparecencia Jenkins denunció el caso con su seca oreja en la mano. La quizá mayor operación anfibia hasta Normadía fracasó ante la Cartagena de Indias de Blas de Lezo. España salió victoriosa y el corsario sin su oreja.

TEMAS GENERALES

no jugaban un papel importante en el escenario, pero no veían con buenos ojos el apoderamiento de América Central por Estados Unidos. Si los Estados Unidos cedían, el golpe moral a favor de España sería notable, y significaría el fin de las expectativas del movimiento manbí de los 70. Si Grant hubiese atacado, se le habría vencido con gran probabilidad en una guerra naval con alguna hostilidad portuaria, siendo el mayor problema acordar algún tipo de «entente» con Carlos VII, el rey carlista, que recordemos fue derrotado en 1876. Quizá incluso un gran desafío internacional habría sido la solución patriótica para la sangría fratricida.

Pero es sólo una especulación. La realidad es que 25 años después nada era posible ya; sólo «la honra sin barcos».